

cantos feroces y estridentes como el choque de las espadas en el campo de batalla, y donde se veían sobre el ara que destilaba sangre tendidos los cuerpos humanos con un cuchillo en la garganta; holocausto ofrecido á las divinidades bárbaras y vengativas, cuyo aliento era como el soplo de la muerte, cuya única idea la guerra, cuya única satisfacción la venganza. Y seguía el cristianismo su camino, y entraba en las selvas de los germanos y llamaba á su humano culto á los sacerdotes que rociaban con sangre los templos, con sangre las aras, con sangre los altares. Y se extendía también por los últimos límites de Occidente, por España, donde en tiempo de Domiciano ya contaba defensores, donde mas tarde tuvo mártires como Fructuoso de Tarragona, como Vicente de Valencia, como Justa y Rufina de Sevilla, como los innumerables que murieron en la tierra sagrada de Zaragoza, y obispos como Ozio, honra de la humanidad, y concilios como el de Iliberis que por sus doctrinas y por sus leyes pudo servir de modelo á la Iglesia universal.

Concluyamos, señores, porque el tiempo apremia, y os he molestado ya bastante. Los que creen que el mundo se pierde, los que á todas horas nos anuncian que se oye sonar en el aire la trompeta del juicio final, los que desesperan de esta sociedad, y no creen en el progreso, pueden contemplar estos siglos en que una sociedad decaía consumida por sus vicios; y se levantaba otra sociedad llena de virtudes, para convencerse así de que Dios jamás abandona el mundo de su mano, y de que la libertad crece, y el progreso se cumple bajo la protección de la Providencia. (Entusiastas y repetidos aplausos.)

LA FILOSOFIA ALEJANDRINA.

LECCION CUARTA.

Señores:

Confieso ingenuamente que siempre que comienzo mis lecciones me asalta inusitado temor que embarga mi ánimo y hiela mi palabra. Hay algo que me aterra mas que la magnitud del asunto y la debilidad de mis fuerzas; y es, ¿lo creereis? vuestra inagotable benevolencia. Al ver vuestro interés, vuestro entusiasmo por escucharme, y lo poco que merezco ese interés, ese entusiasmo, tiemblo, vacilo, y si me aconsejara solo de mi corazón, descenderia de esta cátedra y ocultaria mis pobres ideas en merecido silencio. Digo esto, no por afectación retórica de que soy incapaz, atendida la ingenuidad de mi carácter; lo digo por convencimiento íntimo, profundo, cada dia mayor en mi ánimo. Yo no podria negar sin notoria ingratitud que el entusiasmo de los que me escuchan excede los límites del encarecimiento; pero tampoco podria desconocer sin orgullo que ese entusiasmo nace, no de mi palabra, pálida y pobre, sino de las ideas de regeneracion científica y política que tenazmente defiendo. Yo valgo poco en mí, y mucho menos en presencia de mi idea. Y si alguna vez he debido hacer estas reflexiones sin duda alguna, es en esta noche en que voy á hablar de la filosofía alejandrina, materia difícil, abstracta, poco idónea para los arranques de la elocuencia, para las galas de la palabra. A esto se aña de lo que debemos confesar sin rebozo, nuestra inesperienza filosófica.

no solo la inesperienza del que en estos momentos habla, que es mucha, sino la inesperienza tambien de la nacion á que pertenecemos. Nosotros no hemos tenido filosofia, y sobre todo, no la hemos tenido en los dos siglos en que la filosofia emancipada de la tutela escolástica, ha hecho mayores progresos. Triste es decirlo; pero no hay fuerza que baste á contrastar el deber de decir la verdad, por penoso que sea el cumplimiento de este deber. Nadie me aventaja, absolutamente nadie, en admirar aquellos tiempos en que un español, San Isidro, salvaba con su ciencia universal la urna funeraria de la civilizacion antigua, y mas tarde otro español, Alonso X, levantaba el primer código con que se honra la Edad media; aquellos tiempos en que nuestros poetas pulsaban armoniosa lira y nuestro teatro era el primer teatro del mundo; en que á la luz de las últimas pavesas de los siglos pasados escribia un manco inmortal el poema de los siglos futuros; en que nuestros pintores trazaban aquellas Virgenes de Murillo, idealizacion de la naturaleza humana iluminada por la luz de los cielos; aquellos cuadros de Velazquez, copia fiel de la realidad de la vida; en que nuestros teólogos llenaban el Concilio de Trento y nuestros sabios la universidad de Paris; en que nuestros navegantes, guiados por la estrella de su genio, subyugaban las olas, doblaban el cabo de las Tormentas, unian el Asia, el mundo de los recuerdos, á Europa, el mundo de las ideas; en que, á la voz mágica de España, surgia del seno del ignorado Océano un nuevo mundo tan puro y luminoso como la creacion en los primeros instantes de su immaculada vida; en que nuestros soldados, conducidos por su fé, escribian aquel poema cuyas páginas se llaman Covadonga, Simancas, Clavijo, Las Navas, Tarifa, Granada, y convertian en ciudades españolas, Nápoles, Palermo, Milan, y sostenian en el Monte Tauro y en el Eta el vacilante imperio de Oriente, y salvaban la Hungría, y entraban vencedores en Atenas, y amenazaban á Inglaterra, y vencian á Francia, y subyugaban los Países Bajos, y apagaban en las aguas de Lepanto la soberbia media luna, y herian con sus espadas el suelo de Africa, y convertian al cristianismo la América; aquellos tiempos en que nuestras huestes, como llevadas en alas del huracan, llenaban á un tiempo todos los campos de batalla, y nuestro imperio era mas maravilloso que el imperio de Alejandro, y nuestras conquistas mas grandes que las conquistas romanas; y el sol se veia condenado á iluminar eternamente nuestros dominios, y donde quiera que el mar se removia siempre encontraba costas españolas: que era estrecha la tierra á nuestra gloria, pequeña

para encerrar nuestro inmenso espíritu. (Estrepitosos aplausos.)

Notad, señores, ¡qué grandes, qué divinas esperanzas sentia nuestro país en su seno cuando comenzaban los tiempos del renacimiento! En aquellos dias en que el descubrimiento de América doblaba la creacion y eternizaba el espíritu el descubrimiento de la imprenta; y el descubrimiento de la brújula abria caminos seguros en los mares, y el descubrimiento del telescopio caminos seguros en el cielo; y la pólvora hacia saltar en fragmentos los castillos feudales; y los ejércitos señoriales caian, y comenzaban á levantarse las nacionalidades; y la tierra oscilaba buscando nuevos rumbos en su carrera triunfal por el espacio; y la estatua griega surgia del polvo con el cántico de sus poetas en los labios; y la naturaleza se despertaba en las obras de Leonardo de Vinci; y Miguel Angel coronaba con la rotonda del templo pagano de todos los dioses el templo universal del catolicismo; y Rafael idealizaba las formas humanas maceradas ántes por los tormentos de la Edad media; y el espíritu de Platon evocado en Florencia derramaba esperanzas de inmortalidad por las orillas del Arno; en aquellos dias en que la civilizacion tanto se habia agrandado, en que el hombre tanto habia crecido; el genio español aventajaba al genio de todas las naciones, y Luis Vives combatia con voz mas pujante que la de Bacon el opresor escolasticismo, y proclamaba con Erasmo y Budeo la libertad de pensar; y Antonio de Nebrija desenterraba la civilizacion clásica, y Servet descubria ántes que Harbey la circulacion de la sangre; y Blasco de Garay encontraba nuevas fuerzas para auxiliar al navegante; y Huarte unia en su exámen de ingenios, á la fisiologia el espiritualismo platónico; y Pereira presentia un siglo ántes que Descartes el fundamento psicológico de la filosofia moderna; y Vega enseñaba en Wilnia, y Laguna en Colonia, y Virues en Viena, y el Broscense en Salamanca, genios gigantes, que auguraban el primer movimiento intelectual acaso de toda la historia moderna, que llevaba bajo las alas de su espíritu dias de gloria inmarcesible para la patria; y que se quedaron sin continuadores, porque el humo de la inquisicion nubló el cielo de nuestro espíritu, asfixió nuestra conciencia, reduciéndonos al estado de aquel Carlos II, hechizado en su alma, impotente en su cuerpo; ó al de aquel Segismundo de Calderon, imagen fidelísima de nuestro espíritu nacional, encerrado en una caverna, léjos del mundo, oprimido bajo el peso de sus cadenas, envidiando la libertad del arroyo, del árbol, del pez, del bruto, del ave, mayor indudablemente que la suya, y concluyendo por dudar de

la verdad del mundo, de la evidencia interior de su espíritu, que el escepticismo es el resultado de la servidumbre del espíritu, pues el pensamiento no vive sin libertad como el cuerpo no vive sin aire; y por eso el pensamiento muere en las desgraciadas naciones que, como la antigua España, entregan su cabeza á la coyunda vil del despotismo. (Estrepitosos aplausos.)

Pero entremos, señores, en materia. Ya visteis en la pasada conferencia cómo espiraba la civilización antigua, cómo se destruía el Imperio romano. Ya visteis cerrados los comicios; trocada la República en una gran dictadura; concentradas todas las magistraturas y dignidades de Roma en un César; cumplido el destino del Imperio con la constitución antonina; declarados todos los hombres ciudadanos de Roma; transformado el derecho quirritario antiguo por el edicto perpetuo en derecho humano; imposibilitados los Césares de salvar de su ruina la ciudad eterna; convertido ¡qué horror! el púñal en única esperanza de las perdidas libertades; mudo el Senado y trémulo en presencia del tirano cuando la tierra temblaba en otro tiempo en su presencia; estinguida aquella aristocracia tan grande en brazos del placer y del ocio; desmoralizado el pueblo que trocaba sus derechos por el trigo de la Annona y los juegos del Circo; corrompidos los soldados, los pretorianos, que al apoderarse de la sacra majestad del Imperio la vendían como cosa baladí en pública almoneda; convertido el trono del mundo donde iban á coronarse con el derecho universal todas las razas en una inmensa ergástula por crecimiento de la gente de origen servil y la disminución de la gente de origen ingenuo; arrojados todos los dioses en el Panteón á manera de montones de cadáveres en una huesa; conducido el sincretismo espiritual hasta el punto de matar la variedad de la conciencia individual y el sincretismo político hasta el punto de matar la variedad de las nacionalidades, factores necesarios en la vida y que debían traer de un lado la reacción de las naciones vencidas contra Roma, y de otro la venida de los bárbaros, los cuales con la tea encendida en una mano y la espada en la otra, manchados de sangre hasta la rodilla, y con el grito salvaje de sus legiones en el pecho entierran el cadáver de la antigua sociedad, crean una sociedad nueva, para que no se pierda ni por un momento la renovación misteriosa de la vida en el inmenso seno de los siglos. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

Pere al mismo tiempo que hemos visto al antiguo mundo descomponerse en la esfera de los hechos, veamos su espíritu condensarse en

la esfera de la ciencia. Hemos visto la corriente de los hechos yendo á perderse en el Imperio romano; veamos la corriente de las ideas yendo á reunirse en la filosofía alejandrina. No olvidemos de ninguna suerte que la edad que estamos historiando es una edad de síntesis. El mundo antiguo va reuniendo, va condensando todas las ideas principales de la historia, el Oriente y el Occidente en Roma; la epopeya de la guerra, la Iliada, y la epopeya de los viajes, del trabajo, la Odissea en la Eneida; el carácter individualista de los epicúreos, y el carácter universal de los estoicos en el derecho romano; los tres órdenes de arquitectura en los grandes edificios del Imperio; la teogonía oriental y la teogonía griega en el gnosticismo, los jónicos y los eleáticos, Pitágoras y Sócrates, Platon y Aristóteles, el empirismo y el idealismo, el Asia y Grecia, las ideas del judio Filon y las ideas del griego Numenio, Jerusalem y Atenas, todos los elementos de la antigua ciencia, todas las antítesis, en la síntesis espléndida de la filosofía alejandrina; como si presintiendo el antiguo mundo que llegaba su fin, reuniera todas sus ideas para presentarse ante el juicio de Dios que brilla sobre todas las catástrofes, que se refleja en todas las páginas de la historia. (Aplausos.)

El carácter de la filosofía alejandrina es la unión de Oriente y Grecia. Para conocer este carácter es necesario conocer un hombre que ha condensado en su heroica alma todo el espíritu helénico. La historia es una continua encarnación de ideas. El hombre que deja honda huella en la tierra es el verbo humano de un pensamiento que llena su conciencia. Los grandes hombres son formas varias que revisitan las grandes ideas. El logos que en el derecho, en la literatura está en su esencia espiritual, toma carne y se hace hombre en la realidad de la vida. Por eso estudiando la vida se ve que una razón divina gobierna al mundo y al espíritu, al sol y al hombre. La diferencia está en que el sol cumple su ley sin conocerla y el hombre conociéndola, porque es inteligente; el sol no puede menos de cumplir su ley, y el hombre puede dejar de cumplir la suya porque es libre. Pero ¡cuán grande es el hombre que siente y conoce y realiza la idea providencial cuyo cumplimiento le está reservado! Contemplad conmigo el héroe que llevado como en una áurea nube de gloria y de poesía, atraviesa todo el Oriente; contempladlo, que acaso no ha tenido la historia un alma tan grande como la suya. El genio de Grecia se hubiera perdido en la vida como la estela en el mar; el eco de su lira y de su canto se hubieran disipado como el ruido de sus festines en los ai-

res, si la Providencia resuscitara á aquel héroe, verdadero ideal de la risueña juventud de la humanidad; soldado como un macedon, poeta como un ateniense, austero como un espartano; hijo de Filipo, delador de Grecia y de Olimpia, descendiente de Aquiles, discípulo de Aristóteles, del genio más universal de la antigüedad; parecido á Apolo en hermosura, según los bustos de Licipo, y en los varios cambiantes de sus profundos ojos que tomaban todos los matices del mar de sus pensamientos; irreflexivo y riente como el genio helénico; elocuentísimo, porque la palabra valía más que la espada en los campos griegos; adorador de Homero, cuyos versos inmortales repetía entre el ruido de los combates, tocado por el dedo de Dios que encendió en su cerebro una centella de espíritu creador; y que, predestinado á unir dos mundos hasta entonces divididos, se corona de verbena; toma en sus manos la copa de oro donde hierve el néctar de la vida griega, llama á la legión macedónica que le sigue cantando sin saber dónde la lleva; se despide de la lliga anfiónica; atraviesa el Bósforo; arroja su flecha á las riberas del Asia como para decirle que aquel mundo griego tan pequeño, cuya vida creyó acabar el Oriente bajo las plantas de sus elefantes, va á dominar sus dominadores, y fuerte como Hércules sigue al revés el camino de las expediciones de Baco; destraza á Tiro, entra en Persópolis, se corona rey en Babilonia, llega á India sin saber que es aquella la patria de su raza y la cuna de sus dioses; llena con su cántico los desiertos, hace que las ondas repitan á las ondas el eco de su nombre, toca en los últimos límites del mundo conocido, saluda á las momias egipcias, bebe el agua del Nilo y del Eufrates y del Ganges; mas que venciendo como conquistador, peregrinando como artista, reúne todas las razas en su tienda, desposa los héroes vencedores con las esclavas vencidas, nupcias en que se juntan y confunden las almas de dos civilizaciones; enseña á los persas á leer los versos de Esquilo y Sófocles, arranca á los escitas de los sacrificios humanos, se asienta entre dos mundos enemigos y los estrechándolos contra su corazón; y cuando después de haber dejado en la tierra huellas más profundas que ningún otro hombre, baja su cabeza joven al peso de la muerte, como la flor que se troncha al peso de un insecto, y cesa el combate, y el eco de las armas, y el galopar de los caballos, y el estridente ruido de los carros de guerra, de las lanzas, de los escudos de acero, queda su idea en Alejandría, donde se reúnen todas las teogonias, todas las escuelas, todos los sistemas, todas las razas, para continuar la obra de Alejandro, como si el alma

de este héroe fuera semejante al sol, que desde el Ocaso dora con sus resplandores los horizontes, y en la oscura noche envía sus rayos á los astros que vagan en el éter para mostrarnos que su luz es inextinguible, es eterna. (Entusiastas plausos.)

El carácter, pues, de todo este tiempo que continúa la obra de Alejandro, es la unión misteriosa del Oriente y de Grecia. El espíritu pagano buscaba instintivamente una grande idea religiosa, para poder ahogar el cristianismo y conseguir así que la humanidad no necesitara ni de sus consuelos, ni de sus esperanzas, ni de su fé. Y siempre que se trate de despertar el espíritu religioso de un pueblo ó de una época, siempre que se intente avivar la fé en el alma, los hombres irán instintivamente á buscar la cuna de la humanidad, que es la cuna de todas las religiones, el eterno templo de Dios, la raíz de la idea divina, el Oriente, la única region que ha tenido gobiernos exclusivamente teólogos; que ha convertido sus héroes en dioses, sus grandes hechos en mitos, su historia en libros sagrados; que ha dado al mundo la idea de la sustancia, la idea de lo infinito; que ha consumido sus fuerzas levantando templos, ofreciendo holocaustos, arrastrando pueblos y generaciones como hatos de ganado al fuego del sacrificio; tierra gigante donde el resplandor de la naturaleza apaga la conciencia individual, donde la oración y el misticismo consumen la libertad y la aniquilan, donde el alma es como una emanación pálida lejana del fuego de la vida universal, y la voluntad un instrumento de la voluntad divina, y el hombre, este foco en que convergen todos los rayos de la vida, como la nube que pasa por el cielo en un instante, porque el Universo y la humanidad, el espíritu y la naturaleza van á perderse en el océano del ser absoluto que llena con su impalpable sustancia todos los espacios, y todos los tiempos, toda la vida, toda la eternidad. Y por esto la filosofía alejandrina eminentemente oriental es también eminentemente panteísta.

Pero por otra de las inmanentes consecuencias de la expedición de Alejandro y de la conquista de Roma, el espíritu de Oriente y el espíritu de Grecia se compenetraban y se confundían en una vida superior, en una síntesis maravillosa. La hermosísima Grecia, eternamente joven á pesar de su tris tedecadencia, locuaz, artística, como conoce que su idea se estingue, corre al Asia, pone el logos, el verbo platónico en los labios de aquellos mudos oráculos, da leyes á su eterna sustancia, variedad infinita á su absoluta unidad; y en cambio trae á sus pequeños y hermosísimos templos los dioses gigantes del Oriente, que

apenas caben bajo sus techumbres, los colosos que aplastan con su inmenso peso los altares de Baco; y mal hallada con la naturaleza que tuviera tan grandes encantos en otro tiempo á sus ojos, se pierde en éxtasis, acallando todos sus antiguos sensuales gozos con la voz severa del ascético misticismo. Grecia buscaba el Oriente por medio de sus filósofos. Pero en cambio el Oriente buscaba á Grecia por medio de sus teólogos. El pueblo que en Oriente es el órgano de la union de los dos mundos, sin duda alguna es el pueblo judío que en este punto se va olvidando cada dia mas de su antigua ortodoxia. La comunicacion con los otros pueblos, la continua difusion de las ideas griegas del Oriente; la necesidad de romper el límite de la vida nacional; esa sed continua de saber que aqueja al espíritu humano, y que es superior á su grandeza, llevaron á los pensadores judíos á animar, á exaltar su ciencia religiosa, teológica, con las ideas filosóficas conquistadas por la razon humana. Tres libros hay que tienen esta tendencia en los momentos supremos de la crisis: el libro de Sirach, que tiende á unir la escuela pitagórica con el Oriente; el libro de Aristóbulo, que tiende á unir la escuela peripatética con el Oriente; ensayos uno y otro infelices, porque era demasiado oriental la filosofia pitagórica y demasiado poco oriental la filosofia peripatética para realizar esta union; hasta que aparece el libro que definitivamente la realiza, el gran libro de Philon. El pueblo judío que arrastrara sus cadenas por el Oriente tantos siglos, habia reunido y condensado todas sus ideas, y se adelantaba, al comenzar nuestra era, hácia Occidente para revelarlas, cuando se levanta el gran Philon, el rebelador de la ciencia; religioso, asceta como un fariseo de la Sinagoga; elocuente, artista como un griego de la Academia; filósofo, que en Grecia parece uno de aquellos sacerdotes orientales que confiaban á Pitágoras los secretos de su theurgia, y en el Oriente uno de aquellos oradores que departian en el carro de guerra de Alejandro sobre el espíritu y la naturaleza, y que para no desmentir su carácter con su ciencia, sostiene que Dios es inefable, incomprendible, sujeto y objeto de sí mismo; y que no pudiendo revelarse en su esencia, porque su luz consumiría nuestra retina, y su espíritu, eterno, infinito, apagaría nuestro pobre espíritu, se revela por su Verbo, por su logos, por su palabra, por su sabiduría, vapor y aroma de la virtud de Dios, que recoge la esencia divina y la trasmite por reflejo á nuestra alma, como la luna convierte en plateados rayos que encantan nuestra vista el fuego del sol, y este Verbo irradia en su seno los ángeles, los arquetipos invisibles de to-

das las cosas visibles, los músicos que conciertan las esferas, los pintores que tificen con pinceles invisibles los matices de los cielos y las corolas de las flores, los espíritus que agitan con sus blancas alas el éther, y llenan á manera de vía láctea el espacio inmenso que separa la naturaleza del Creador; y así como Dios produjo el Verbo, y el Verbo los ángeles, los ángeles han creado los números que son la vida de todas las cosas, las fuerzas de la creacion; y las fuerzas de la creacion han producido el demiurgo, el hombre que debe para cumplir su destino y realizar su fin, sacrificarse como una hostia sagrada en los altares del Eterno, principio y fin de todas las cosas, aliento y vida de todos los seres, atmósfera que el Universo respira, primera y última palabra de toda la ciencia. (Aplausos.) Mirad este sistema y vereis en él todos los principios de las escuelas orientales y griegas, el Dios hebreo, el Verbo indio, los ángeles del mazdeismo, el cielo de los inteligibles de Platon, la moral escenia unida á la moral estóica, y los números de Pitágoras. ¿Podeis pues, dudar de este misterioso reclamo, y como llamada que para atraerse usaban el Oriente y Grecia? El carácter de este movimiento del espíritu es el misticismo. La escuela de Alejandria es esencialmente mística.

Pero no solo tenia la escuela alejandrina el carácter místico, tenia tambien el carácter idealista. El mundo antiguo comprendia instintivamente que espiraba por exceso de sensualismo, por exceso de naturalismo, y queria disipar todas las cosas creadas en el seno de Dios, en el puro supernaturalismo. Y así como el sincretismo alejandrino estaba preparado por el sincretismo judío, su idealismo estaba preparado por el horror á la naturaleza que naciera en los gnósticos. Estos sectarios, que no me atrevo á llamar filósofos, atormentados por el problema del origen del mal, que habia sido el torcedor de Job en su estercolero, el buitre que roía las entrañas de Prometeo encadenado, y no pudiendo explicarlo, porque no admitian ni el límite, ni lo contingente, puesto que lo creian todo absoluto, eterno, uno, imaginaban que la materia era la degeneracion de Dios, el hielo de su vida, la última y pálida y fria emanacion de su eterna sustancia, el mal, en una palabra: y así Basilides veia á Satanás en los astros y en las flores; Saturnino un delito en la procreacion de nuevos seres que habian de venir manchados con la lepra de la vida material; y todos se apartaban con horror de la naturaleza, cayendo en esa especie de sueño magnético que, léjos de ser fuente de virtud corrompe el alma; como se vió en ciertos monjes de Italia, que paseándose una mañana de Abril oye-